DON QUIJOTE Y FAUSTO: DOS POSIBILIDADES

*Juan Antonio Rosado**

I

Muchos han sido los puntos de vista con que se ha examinado la gran novela de Cervantes, muchas las exégesis, interpretaciones, manejos, que de ésta se han elaborado a lo largo de los últimos siglos, lo cual es muestra de la importancia y actualidad de la obra, de su vasta e inagotable riqueza, ya que prácticamente *satisface* a todo tipo de lector o intérprete, desde aquel que percibe en la obra cervantina un mensaje cifrado o un libro esotérico, hasta el socialista que interpreta la locura de don Quijote; desde el marxista que la esclarece desde el punto de vista del materialismo histórico, hasta el crítico tradicional que elude los problemas políticos y sociales del texto para hacerlo pasar por un libro de diversión que ataca a ese género (ya en decadencia antes de la publicación del *Quijote*) de las novelas de caballería.

Las grandes obras no escatiman todo tipo de interpretación, pues, “todo lo que se puede clasificar es perecedero. Sólo sobrevive lo que es susceptible de diversas interpretaciones”,¹ lo que no significa que *toda* interpretación o glosa deba ser por ese hecho fidedigna o verdadera, ya que conforme las investigaciones y el conocimiento del pasado

91

* Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM.

¹ E. M. Cioran, *Ese maldito yo*, 1988, Barcelona, Tusquets.

JUAN ANTONIO ROSADO

van avanzando y se van asimilando, las explicaciones de la obra literaria también; por consiguiente viejos análisis se vuelven obsoletos y son desplazados por aquellos que se acercan más a lo más profundo del texto artístico y que nuestra época y momento social requiere. De tal modo, ver en el *Quijote* un mensaje cifrado o un libro esotérico es válido sólo para el autor de dicha interpretación y sus seguidores, pero carece de rigor y de fundamentos o justificaciones verosímiles, y por tanto, de seriedad. Asimismo, ver en la magna obra del autor complutense un ataque contra las novelas de caballería es, hoy en día (y a pesar de que esa intención haya sido explícita por su autor), algo obsoleto, pues ¿cuántos lectores no hay que gustosos leen la obra de Cervantes sin haber leído en su vida una sola de aquellas novelas y cuántos no hay que se enteraron de la existencia de esos libros gracias, precisamente, a la novela que los parodia? Si bien es cierto que, por su forma, la obra parodia las novelas de caballería, ésta no es su única intención; de haberlo sido, el *Quijote* hubiese muerto junto con las novelas que atacaba, como ha sucedido con muchas sátiras y parodias.

92

Martín de Riquer escribe que “no es justo ni acertado dejar de prestar atención al propósito explícito del autor”, es decir que la novela es, en primera instancia, una parodia de los libros de caballería, y agrega que “no vale escabullirse convirtiendo este propósito en un mero pretexto”,² aseveración que, llevada al extremo, corta de tajo toda nueva luz que quiera arrojarse sobre la obra, convirtiéndola en una piedra o en una serie de palabras anquilosadas e incapaces de transformarse y adquirir nuevos sentidos con el paso de los siglos. Así, el mencionado cervantista, convierte a don Quijote en un “arcaísmo viviente, que sólo tiene validez ante lo imaginado o lo fingido y que se desmorona ante la realidad”.³ Sin embargo, don Quijote, si bien es un personaje que se mueve entre la cordura y la locura —como se deduce al leer la

² Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, edición, introducción y notas de Martín de Riquer, 1990, Barcelona, Planeta. La cita es de la Introducción, p. XXXIII.

³ *Ibid.*, p. LVII.

DON QUIJOTE Y FAUSTO

novela— es también un hombre que adquiere mayor validez y actualidad en la medida en que se asemeja a la realidad. Don Quijote fue, es y seguirá siendo un personaje *real* no tan sólo en su aspecto de justiciero o redentor de la humanidad, es decir, dentro de un plano social y político, sino también dentro de un plano individual, psicológico o metafísico, dentro del plano de los anhelos, el cual se halla íntimamente ligado y en relación dialéctica con el primero, pues si bien los seres humanos somos *in-dividuos*, sólo podemos manifestarnos, aprender un lenguaje, expresarnos en todos los sentidos, dentro de una sociedad, a la que los anhelos de don Quijote tratan de modificar en dirección positiva.

El motivo principal de este ensayo es precisamente encontrar el eslabón que une el aspecto metafísico de don Quijote con el aspecto social, es decir, demostrar cómo el hecho de querer instaurar la *Edad de Oro en la de hierro* (anhelo y fin último de don Quijote), obedece, sí, a las condiciones deplorables de la sociedad y de las instituciones de la época del autor, la cual “constituye una era de profunda crisis de la sociedad feudal española, cuyas lacras llenan las páginas del gran libro”,⁴ pero también a un inconformismo *interior* del héroe, a un deseo de ayudar a los otros para obtener también la satisfacción *personal* y la felicidad en vista de haber cumplido con su cometido de caballero, a un anhelo *fáustico* del prot-agonista, que lucha incesantemente para cumplir este prurito. Don Quijote es portavoz de Cervantes, quien siempre “supo enlazar su causa privada con la colectiva, la *particular* con la *común*”.⁵

93

Pero nuestro propósito no es tan sólo comparar la figura de Fausto con la de don Quijote y establecer así semejanzas y diferencias, sino también comprobar que Cervantes, gran inconformista, y por lo tanto don Quijote, son hijos de su tiempo y de su lugar y como tales participan

⁴ Ludovik Osterc, *El pensamiento social y político del Quijote*, 1988, México, UNAM, p. 31.

⁵ L. Osterc, *El Quijote, la iglesia y la inquisición*, 1972, México, UNAM, p. 26 (subrayado mío).

JUAN ANTONIO ROSADO

de una serie de elementos comunes que, como veremos, los ligán de modo indisoluble al Renacimiento y al alma fáustica.

Cervantes, sabueso de su tiempo, para utilizar la expresión de Elías Canetti, supo observar su realidad con los ojos *erasmistas* del Renacimiento y con la filosofía de esa época, pero de hecho fue mucho más lejos. La riqueza de sus enseñanzas es infinita y *actual*. Así, por ejemplo, es cierto que el Renacimiento retoma la antigüedad clásica y con ella temas tan importantes como el de la Edad de Oro,⁶ mundo puro que contrasta con el actual; cierto es también que don Quijote explica sus pretensiones como caballero: “Sancho amigo —dice nuestro hidalgo—, has de saber que yo nací, por querer del cielo, en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la de oro, ó la dorada, como suele llamarse.” (I, 20) Pero el autor, que anhela ese mundo *dentro* del nuestro, no lo percibe sólo como un ideal inasequible, que nunca pudo lograr don Quijote, sino que nos deja esperanzas *reales* cuando al final este deseo pasa a la mente de Sancho, es decir, del pueblo, pues Sancho, campesino, es fiel representante del pueblo, “es el pueblo. Y el pueblo es generoso, y sabe dejarse encender en altos ideales, vivir y morir por ellos”.⁷ En efecto, nada más erróneo que llamar a don Quijote ingenuo, pues él creía —quería creer— en un mundo mejor y la esperanza final permanece en su noble escudero. Dice Pere Foix: “El ideal que es el Quijote, va junto a la plebe que es Sancho. Y la plebe la componen los hambrientos, los perseguidos, los peregrinos que van en pos de la Verdad...”⁸

Pero la riqueza axiológica de la obra alcanza también el plano individual, metafísico, que está, como se ha mencionado, en íntima relación dialéctica con el social. Además, los personajes de Cervantes

⁶ Cfr., Américo Castro, *El pensamiento de Cervantes*, 1925, Madrid, Revista de filología hispánica, anejo VI, p. 178.

⁷ Pedro Gringoire, *Excelsior*, 24 de septiembre de 1950. Citado en la introducción del libro *Sancho Panza el idealista*, de Pere Foix, 1972, México, Editores Mexicanos Unidos.

⁸ *Sancho Panza el idealista*, p. 58.

DON QUIJOTE Y FAUSTO

participan, a pesar de la influencia árabe y judaica en la península ibérica, de la cultura y la civilización occidental y, por ende, según Oswald Spengler, de lo que él llama *sentimiento fáustico*, característica del hombre occidental. He aquí la razón por la que esta breve exposición podría titularse *El sentimiento fáustico de don Quijote* y no *El quijotismo de Fausto*. Para comprobar lo anterior, se recurrirá al mito de Fausto y a la filosofía de la historia revelada en el conocido libro *La decadencia de Occidente*, de Spengler. Pero antes que nada veamos porqué el autor del *Quijote*, como todo novelista, es un gran inconforme, inconformidad ligada íntimamente al sentimiento fáustico.

Cervantes, herido en el pecho y en la mano izquierda en la batalla de Lepanto, esclavo en Argel durante cinco años, de donde trató cuatro veces de huir con sus compañeros, humillado y vejado por sus contemporáneos, excomulgado por la iglesia católica por cumplir con el deber de embargarle fanegas de trigo que el reino requería, encarcelado en su misma patria varias veces y rechazado cuando pide un empleo en las Indias occidentales, es la imagen del hombre que camina a contracorriente para conquistar la tranquilidad, del idealista que se niega a desahuciar a la humanidad y, en cambio, cree en su liberación, pero también la del realista que toma conciencia de la deplorable condición en que vivía su pueblo, ya que Cervantes siempre “vivió demasiadas amarguras, experimentó en su carne y en su espíritu la eterna tragedia del debate idealismo-realidad”,⁹ de ahí que el autor sea vocero de los anhelos renacentistas, que cada vez más se alejan del espíritu, del cielo, de la teología, para acercarse, como el Fausto de Christopher Marlowe, al *cuerpo*, a la *vida mundana*, a la *felicidad terrenal*, aunque, como veremos después, sin el egoísmo y el cinismo del Fausto del dramaturgo inglés. El complutense denuncia en su literatura la corrupción, podredumbre e hipocresía del tiempo en que le tocó vivir, es un erasmista que pretende la reforma justa, un Fausto que desea

95

⁹ Ricardo del Arco y Garay, *La sociedad española en las obras de Cervantes*, 1951, Madrid, Patronato del IV centenario del nacimiento de Cervantes, p. 80.

JUAN ANTONIO ROSADO

conquistar su época y su lugar, pero en dirección positiva, modificarlos para que sean mejores en el sentido humanista de la palabra. Sería ingenuo y hasta ridículo pensar que un hombre a quien le sucedió todo lo que a Cervantes, quiera tan sólo parodiar las novelas de caballería, tarea más bien de un escritor conforme con su realidad e inconforme con la literatura, que de un inconforme con todo, como de hecho lo fue el autor del *Quijote*.¹⁰

En este sentido, el tiempo muchas veces es injusto para con los grandes artistas. Mientras en España se ignoró durante un largo período al genio complutense, cuando por fin fue reivindicado, las malas interpretaciones pulularon por el campo de la crítica literaria. Se tachó a Cervantes de *ingenio lego* cuando en realidad lo que hizo fue una gran obra metafísica y social, utilizando el disfraz de un loco descrito por un árabe cuyo objetivo era “combatir las novelas de caballería”.¹¹ Entre los numerosos ejemplos de interpretaciones muy personales, subjetivas, del *Quijote*, figuran los comentarios de Unamuno en su libro *Vida*

96

¹⁰ Si recordamos la escena en que el sacerdote quema la biblioteca de don Quijote, nos daremos cuenta de cómo Cervantes no estaba contra el género de las novelas de caballería, sino, en todo caso, de las *malas* novelas de caballería, ya que el sacerdote rescata algunas obras del género.

¹¹ El ficticio historiador árabe que inventa Cervantes es Cide Hamete Benegeli. Cervantes vivió en Argel y debía saber lo suficiente de lengua árabe, pues *Benegeli* significa *hijo de ciervo*, es decir Cervantes. Si bien Sancho afirma que seguramente ese apellido procede de *berengena*, hay que recordar que el escudero prevarica constantemente la lengua, y que el artista no nos va a dar todas las claves. Tomás Moro nunca nos dice que *utopía* significa *no lugar*, sino que hace derivar ese nombre de un supuesto conquistador, Utopo. Por otro lado, Erasmo de Rotterdam también se escuda en un personaje para lanzar sus ataques contra el clero: La Estupidez, quien comienza alabándose a sí misma y afirma que el mundo es su templo. Cervantes fue alumno del erasmista López de Hoyos y cada vez que insinúa un ataque contra el clero o las instituciones, evoca la figura de Cide Hamete Benegeli, “el señor que alaba al hijo de ciervo”. Cfr. También, L. Osterc, *El pensamiento social y político del Quijote*.

DON QUIJOTE Y FAUSTO

de don Quijote y Sancho. Pero incluso un filósofo vitalista como Nietzsche malinterpretó completamente el sentido de la obra de Cervantes. Es paradójico, pues el *vitalismo* de don Quijote es fundamental. Escribe Nietzsche: "Cervantes habría podido combatir la Inquisición, mas prefirió poner en ridículo a las víctimas de aquélla, es decir, a los herejes e idealistas de toda especie", y agrega más adelante:

Yo opino que Cervantes despreciaba a los hombres, sin excluirse a sí mismo; ¿o es que no hace otra cosa que divertirse cuando cuenta cómo se gastan bromas al enfermo en la corte del duque? Realmente, ¿no se habría reído incluso del hereje puesto sobre la hoguera? Más aún, ni siquiera le ahorra a su héroe aquel terrible cobrar conciencia de su estado al final de su vida: si no es crueldad, es frialdad, es dureza de corazón lo que hizo escribir semejante escena final, es desprecio de los lectores, cuyas risas, como él sabía, no quedarían perturbadas por esta conclusión.¹²

Estas afirmaciones delatan una muy mala lectura del libro. En primer lugar, el autor español no hubiera podido jamás combatir la inquisición directamente, pues de haber sido así, lo hubieran quemado en la hoguera, como ocurrió con muchos herejes. Prefirió lanzar sus ataques de modo indirecto, sutil. En segundo lugar, el autor muestra a menudo una gran compasión por su personaje, con quien se identifica plenamente. Como dice Víctor Hugo:

La burla del ideal sería gran defecto en Cervantes, pero este defecto no es más que aparente; observad con atención y veréis que en su sonrisa hay una lágrima. En realidad, Cervantes simpatiza con Don Quijote, como Molière con Alceste. Es preciso saber leer en esos libros, y en particular en los del siglo

97

¹² Incluido en una nota de A. Sánchez Pascual, en *La genealogía de la moral*, 1986, Madrid, Alianza, p. 193.

JUAN ANTONIO ROSADO

XVI: a causa de las amenazas que pesaban sobre la libertad de pensar, hay en la mayor parte de ellos un secreto que es necesario abrir con una llave que se pierde con frecuencia.¹³

En cuanto al ciclo ducal, Cervantes tacha de tontos a los duques por medio del supuesto historiador árabe: "Y dice más Cide Hamete: que tiene para sí ser tan locos los burladores como los burlados, y que no estaban los duques dos dedos de parecer tontos, pues tanto ahínco ponían en burlarse de dos tontos" (II, 70). El autor nos presenta a los duques como seres antipáticos, representaciones del ocio y de la pereza, parásitos que se esfuerzan en hacer fracasar la noble misión de don Quijote. Además, con una vida como la que llevó Cervantes, es verdaderamente sorprendente cuán alejado estaba de la "dureza de corazón" que le reprocha el filósofo alemán, pues incluso ya publicada la primera parte de su obra, vuelve a entrar en la cárcel, esta vez por ayudar a un hombre malherido frente a su casa.

98

Pero, retomando el aspecto social, es indiscutible que *El Quijote* constituye todo un mural, un mosaico que nos permite observar las costumbres, el modo de vida y en general la realidad de su época. Sin duda, se trata de una obra realista cuyo protagonista es el idealismo encarnado. En su aspecto descriptivo, realista, "*Don Quijote* solo vale más que los libros de moralistas e historiadores que han pretendido juzgar o describir España; y se ha podido decir, sin mucha exageración, que si de toda la literatura castellana de la gran época no nos quedase sino el *Quijote*, este libro incomparable nos instruiría lo bastante en todo lo que nos interesa más saber de este mundo desaparecido".¹⁴ En efecto, ¿para qué un lector común leería extensas y frías obras de historia inglesa si allí están los dramas de Shakespeare, más amenos y reales, que nos presentan muchos puntos de vista y no sólo el del

¹³ Citado por Luis Astrana Marín, "El 'Quijote', visto por los extranjeros", en *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, edición comentada por Diego Clemencín, 1986, Valencia, Alfredo Ortells, p. LXXVII.

¹⁴ R. del Arco y Garay, *op. cit.*, p. 82.

DON QUIJOTE Y FAUSTO

historiador? De igual modo, un lector común puede enterarse de la realidad que se vivía en tiempos de Felipe II y de Felipe III sin decepcionarse, con sólo leer el *Quijote*, libro que por su riqueza tan vasta no puede juzgarse tan a la ligera; sus pretensiones son tantas que sería imposible abarcarlas o analizarlas todas en un ensayo. Además, como afirma Víctor Hugo, es necesaria una llave para desentrañar los misterios de la obra. Una vez hechas estas aclaraciones, podemos empezar por analizar un elemento imprescindible para la comprensión de la figura fáustica de don Quijote: su vitalismo.

II

Toda gran literatura, como todo gran hombre, nos comunica la relación dialéctica entre lo metafísico y lo social. El *Quijote* no puede ser la excepción en este sentido, ya que su protagonista es un hombre que *se niega a morir*. Este anhelo de ir más allá de los límites que nuestro espacio y nuestra vida nos marcan es precisamente la antítesis de la pasividad y del conformismo. Ahora bien, don Quijote se nos presenta en cuatro figuras: “como hidalgo de aldea pobre, como figura paródica del caballero ‘libresco’, como caballero andante-soldado, y por fin, como heraldo de la alta moral humanista”.¹⁵ Es evidente que la primera figura, la del hidalgo empobrecido, no presenta ningún rasgo de vitalismo, sino más bien la pasividad de un hombre que lee libros de caballería, pero sin lugar a dudas este elemento puede percibirse con claridad en las otras tres figuras, que son, a fin de cuentas, las que dominan prácticamente todo el libro. Así, la figura que parodia al caballero ‘libresco’ posee una carga de vitalismo cuando se arma caballero y cuando acomete contra los molinos de viento. El caballero andante-soldado establece una comparación entre los perezosos caballeros cortesanos y los caballeros andantes, y el defensor de los ideales humanistas, además de proteger a los débiles y explotados, como cuando aboga por el pastorcillo Andrés, a quien le eran dados duros azotes por su amo. El

99

¹⁵ L. Osterc, *El pensamiento social y político del Quijote*, p. 78.

JUAN ANTONIO ROSADO

ingenioso hidalgo posee la energía suficiente para negarse a morir y proclamar su credo en sucesivos discursos de gran profundidad y de envergadura universal. Don Quijote (y no Alonso Quijano) está lleno de esta carga vital, que lo hace alejarse constantemente de la pasividad que representaría, por ejemplo, la muerte, a la que, como buen caballero, no teme. Cuando Sancho Panza habla del sueño y dice que éste iguala al pastor con el rey y al simple con el discreto, coloca a todos los humanos en el mismo plano, sin distinción; y de ahí el gran valor social que incluye la aseveración; pero a la vez reconoce que “sola una cosa tiene mala el sueño, (...) y es que se parece á la muerte, pues de un dormido á un muerto hay muy poca diferencia” (II, 68). Sancho compara el sueño con la muerte, es decir, con la *pasividad absoluta*, de la que don Quijote huye como de la peste. La muerte, tema que se trata en distintos pasajes del *Quijote*, ha sido una de las grandes preocupaciones y motivos de reflexión en todas las culturas y literaturas del mundo, ya que es precisamente el *terror a la muerte*, como dice Spengler, el origen de las lucubraciones metafísicas,¹⁶ que surgen primeramente porque el hombre es consciente de ser mortal. Subrayemos que las preguntas: “¿Quiénes somos? ¿por qué estamos aquí? ¿hacia dónde vamos después de morir?” son preguntas *universales*; carecen de tiempo y de espacio determinado. Si fuéramos inmortales no tendríamos necesidad de pensar en ello y ni siquiera, quizá, de crear cultura. Una obra profunda, sea de donde sea, no puede eludir los problemas metafísicos y uno de éstos es precisamente la muerte: “sola la vida humana corre á su fin ligera más que el viento, sin esperar renovarse si no es en la otra, que no tiene términos que la limiten”, hace pensar Cervantes a Cide Hamete (II, 53). Y el ingenioso Sancho le dice a su amo:

Es el caso (...) que como vuesa merced mejor sabe, todos estamos sujetos a la muerte, y que hoy somos y mañana no, y que tan presto se va el cordero como el carnero, y que nadie puede prometerse en este mundo más horas de vida de las que Dios

¹⁶ *La decadencia de Occidente*, 1989, Madrid, Espasa Calpe, tomo I, p. 220.

DON QUIJOTE Y FAUSTO

quisiere darle; porque la muerte es sorda, y cuando llega á llamar á las puertas de nuestra vida, siempre va de priesa y no la harán detener ni ruegos, ni fuerzas, ni ceptros, ni mitras... (II, 7).

Pero don Quijote, vitalista por esencia, le responde: “Todo eso es verdad (...); pero no sé dónde vas á parar”, como tratando de evadir el tema, como diciéndole: “uno debe *dirigirse* hacia algún lado”. Don Quijote posee una misión en la tierra, construir una sociedad justa y equitativa; no puede pensar en morir ni en la muerte, sino en destruir la injusticia reinante. Nuestro héroe es, en este sentido, como Fausto: *se niega a morir sin antes haber obtenido la plena satisfacción*, lo cual es comprobable a lo largo de la obra, no sólo en las hazañas que realiza el hidalgo, sino en la misma energía que el personaje emana, en el tono con que habla, en sus discursos y, en fin, en todo su pensamiento. Recordemos cuando dice: “Yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos” (I, 20), ideas de un hombre lleno de esperanza y vitalidad, y que también hallamos en el *Fausto*, de Goethe, cuando el protagonista dice a Mefistófeles: “En esta esfera terráquea hay aún espacio para grandes cosas. Hay que aspirar a algo de sorprendente grandeza, y yo me siento con bríos para un osado esfuerzo.”¹⁷ Tanto Fausto como don Quijote son hombres *dinámicos*, hombres *de acción*. Analicemos ahora al protagonista de la gran historia cervantina como *figura fáustica*, que participa de este sentimiento, y comprobemos —una vez más— el vitalismo esencial del hombre de la Mancha, rasgo que lo aleja del reposo físico y la pasividad mental, que lo lanza hacia la acción motivada por todo anhelo arraigado en el espíritu, por todo ideal verdaderamente profundo y grande.

101

¹⁷ Johan Wolfgang Goethe, *Fausto*, en *Obras completas*, 1991, México, Aguilar, tomo IV, p. 940.

JUAN ANTONIO ROSADO

III

Fausto, en muchos sentidos, simboliza la figura del hombre renacentista, del hombre a quien le interesa retomar la cultura antigua, acaparar el mayor conocimiento posible y, sobre todo, vivir en el *mundo*, apartarse del cielo de la teología en busca de una satisfacción en la vida mundana. Así, en el *Fausto* de Marlowe, Mefistófeles dice que el protagonista es un “¡Pobre enamorado del mundo!”, y el ángel bueno le reprocha a Fausto: “Si me hubieras prestado oídos, Fausto, una dicha infinita te habría colmado. Pero tú, en verdad, amaste más el mundo.”¹⁸ La obra del dramaturgo inglés, así como la leyenda popular de Fausto y el drama de títeres, son *advertencias* al lector para que éste no se acerque, como en el mito de Icaro, a los lugares prohibidos. Fausto siente un *ansia de poder* y su final es trágico, pero esta ansia es producto de su inconformismo. El Fausto de Goethe, aunque igualmente inconformista, es una excepción, pues unos ángeles, al final, exclaman: “Siempre a aquel que con denuedo lucha y *se afana en la vida*, salvación brindar podemos.”¹⁹ El Fausto del poeta alemán se salva, a diferencia de los otros.

En Occidente la figura de Fausto como símbolo de nuestra constante insatisfacción ha tenido un papel insustituible. Esta insatisfacción, a pesar de que se encuentre en todas las versiones del mito, es en el *Fausto* de Goethe donde cobra una de sus formas más sublimes. La insatisfacción de este Fausto consiste en el hecho de haber pretendido abarcar todo, de haber estudiado a fondo la filosofía, la jurisprudencia, la medicina, la teología y, en su afán por expandirse más allá de sus límites, la magia. Pero aun así no es feliz. Hace el pacto con Mefistófeles, fracasa en su intento de hallar la felicidad en el amor; y al final el diablo concluye: “No hay placer que le sacie ni dicha que le satisfaga del

¹⁸ Christopher Marlowe, *La trágica historia de la vida y muerte del doctor Fausto*, 1991, México, REI, Letras universales, p. 168 y 173.

¹⁹ J. W. Goethe, *op. cit.*, p. 969. Subrayado mío.

DON QUIJOTE Y FAUSTO

todo; así que siempre va corriendo tras cambiantes formas.”²⁰ El Fausto de Goethe pretende abarcar la perfección de las formas, su fin es más elevado que otros Faustos. Por ejemplo, el anhelo del Fausto de Marlowe es superficial, pero no por ello deja de experimentar la perpetua insatisfacción: “Mientras siga en la tierra deja que me sacie de todo lo que alegra el corazón humano. Agotaré mis veinticuatro años de libertad en placeres y frivolidades. ¡Que admiren el nombre de Fausto los confines de la tierra mientras perdure su hermosa estampa!”²¹

Don Quijote, aunque alejado de las frivolidades y placeres, participa de la insatisfacción renacentista, fáustica, al no permanecer en su casa tranquilamente leyendo libros de caballería en una actitud pasiva, y al anhelar la fama de su nombre por los confines de la tierra. El hombre quiere poner en práctica lo que ha leído y se arma caballero andante, deja de ser Alonso Quijano para convertirse en don Quijote. Su locura, su *monomanía*, se halla íntimamente relacionada con su insatisfacción, con su anhelo fáustico de conquistar el mundo para conducirlo en dirección positiva, pues, como afirma Tomás Moro: “¿Quién se afana con mayor deseo en cambiar el orden social sino aquel a quien desagrada la condición presente?”²² Basta leer el discurso que el ingenioso Hidalgo hace sobre la Edad de Oro para percatarnos de su inconformidad con la realidad y la condición presente. Inconformismo semejante, aunque desde un punto de vista individualista y no social, se encuentra en el drama de títeres del *Doctor Faustus*, que Goethe disfrutó en su infancia:

Nadie está contento con su condición social, pues hasta el despreciado mendigo en la calle sueña en cómo puede cambiar su suerte alguna vez; el campesino trata de volverse un ciudadano, el ciudadano un noble, el noble un príncipe, el príncipe un rey, el rey un emperador. Sí, cuando en este mundo se pudiera

103

²⁰ *Ibid.*, p. 963.

²¹ Christopher Marlowe, *op. cit.*, p. 102.

²² *Utopía*, 1989, México, Espasa Calpe, Colección Austral, p. 62.

JUAN ANTONIO ROSADO

encontrar un grado superior de felicidad, cada uno intentaría obtenerla.²³

La importancia de la gran obra de Cervantes radica en este sentido en que la insatisfacción del protagonista no se debe sólo a la condición y a la realidad social, sino que tampoco está contento con su *propia* condición de hidalgo pasivo, lo que se deduce por el hecho de que se vuelve caballero andante. Es pertinente subrayar que si sólo hubiera estado inconforme con la condición social de su época, hubiera podido seguir siendo Alonso Quijano y ayudar de otras muchas formas, incluso tropezando con la iglesia y las instituciones políticas, pero al hacerse caballero andante *cambia de oficio*, lo que significa que tampoco se encontraba conforme con su propia condición. Al final, luego de que Sancho se quijotiza y de que don Quijote ha sido vencido, éste vuelve a ser Alonso Quijano, el cual “ya no tropieza con el cura, el barbero, el bachiller, el ama, la sobrina, los cuadrilleros, los duques, los yangüeses; no topa tampoco con la justicia ni con ningún obstáculo de régimen de su tiempo”.²⁴ Pero la figura de Alonso muere y el *ideal* de don Quijote vive en Sancho. Lo esencial es que Alonso Quijano se transforma en don Quijote. Esta *metamorfosis*, que según la obra se debió a la asidua lectura de novelas de caballería, posee una finalidad más social (y por ende más *cristiana*, más cercana al cristianismo primitivo), que la de Fausto. He aquí la diferencia esencial entre don Quijote y Fausto. Este último, en la obra de Goethe, le dice a Mefistófeles:

¡Venga esa mano! ¡Diréle al momento: aguarda! ¡Eres tan bello!
¡Luego podrás tú cargarme de cadenas y yo me iré gustoso a pique! ¡Cuando doblen por mí las campanas, quedarás libre de

²³ *El libro popular del doctor Faustus*, 1984, México, UNAM, p. 166.

²⁴ Luis Astrana Marín, “Cervantes y el ‘Quijote’”, en Cervantes, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, comentado por D. Clemencín, p. XXVI.

DON QUIJOTE Y FAUSTO

tu servidumbre; cuando el reloj se pare y caiga el minuterero, se habrá acabado el tiempo para mí!²⁵

El deseo de paralizar el tiempo en un instante bello, que por cierto no lo experimenta el Fausto de Marlowe, es producto de la constante insatisfacción, es un sentimiento nacido de la *historicidad*, del paso inexorable del tiempo que esa insatisfacción presupone, pero tal anhelo no se encuentra tampoco en don Quijote, quien a toda costa desea que el tiempo siga su marcha para transformarlo y atraer la Edad de Oro, en la que, a fin de cuentas, el tiempo no existe, o cuando menos no existe en el mismo sentido en que lo siente don Quijote y sus contemporáneos, quienes, como nosotros, tienen la necesidad de proporcionarse el alimento, la vivienda y el vestido. Don Quijote, hombre dinámico por esencia, no puede permanecer más en casa de los duques precisamente porque el tiempo lo aguarda: “Y le pareció á don Quijote que era bien salir de tanta ociosidad como la que en aquel castillo tenía” (I, 57). Esta ociosidad es totalmente incompatible con el oficio de caballero y también con el espíritu del hombre fáustico, y en varias ocasiones don Quijote se pronuncia en contra de ella. Así, una vez lejos de la casa de los duques, el ingenioso hidalgo dice a Sancho:

105

La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que á los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre: por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida; y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir á los hombres. Digo esto, Sancho, porque bien has visto el regalo, la abundancia que en este castillo que dejamos hemos tenido; pues en mitad de aquellos banquetes sazonados y de aquellas bebidas de nieve, me parecía á mí que estaba metido entre las estrechezas de la hambre (II, 58).

²⁵ J. W. Goethe, *op. cit.*, p. 792.

JUAN ANTONIO ROSADO

Y en el capítulo 13 de la primera parte, afirma: “El buen paso, el regalo y el reposo, allá se inventó para los blandos cortesanos.” Se debe concluir que esta dinámica, este vitalismo, es uno de los elementos que une a don Quijote con Fausto, quien nunca se halla en una actitud pasiva, pero cuya finalidad es más egoísta. Ahora analicemos más de cerca el *sentimiento fáustico*.

106

Según Spengler, este sentimiento pertenece a la cultura occidental, cultura histórica, en tanto que el mito es ahistórico. El mito de Fausto quiere recuperar esa ahistoricidad, el presente *puro* de los griegos. La cultura grecolatina, al no participar del *sentimiento fáustico*, no es occidental: su alma es *apolínea*, dice Spengler, pues el *sentimiento apolíneo* vive sin tiempo: su pasado es mítico y no le importa el futuro lejano. Los griegos, en su presente puro, miden el tiempo por la longitud de las sombras, buscan la perfección de lo posible, de lo que puede darse (del cuerpo, por ejemplo), es decir, la “perfección de lo real”. Don Quijote también busca la perfección de lo real, pero la sociedad en la que vive lo califica de loco y no le permite la realización de su meta, sino que se burla de él. Según Spengler, la cultura occidental, fáustica, comienza a florecer en el siglo X. Una serie de transformaciones se suscitan poco a poco en todos los órdenes de la vida. Los hombres fueron perdiendo contacto con Dios y éste dejó de ser un ente personal para convertirse, durante el Renacimiento, en un Dios que se identifica con el concepto de espacio infinito,²⁶ mientras la naturaleza va también cobrando importancia al lado de Dios.

Es curioso notar que a nivel de realidad objetiva el *sentimiento fáustico* del occidental produjo un afán expansionista; se produjeron las cruzadas y los viajes con fines expansivos, pues la mirada del hombre fáustico ve hacia horizontes lejanos. De igual modo, don Quijote anhela hacerse famoso por la fuerza de su brazo y el filo de su espada, *modificar* el mundo que le rodea para hacerlo más humano, conquistarlo en un sentido positivo. Dice don Quijote a don Diego de Miranda: “pero el andante caballero *busque los rincones del mundo*; éntrese en

²⁶ Cfr., *La decadencia de Occidente*, tomo I, p. 395-6.

DON QUIJOTE Y FAUSTO

los más intrincados laberintos; acometa á cada paso *lo imposible*" (II, 17, subrayado mío). Esta búsqueda "á cada paso" de lo *imposible* es rasgo esencial de Fausto, quien anhela nada menos que a Helena de Troya. En un pasaje del *Fausto* de Goethe, Manto expresa: "Gústame aquéllos que buscan lo imposible."²⁷ A pesar de ello, y a pesar de que Lotario le diga a Anselmo en *La novela del curioso impertinente*: "el que busca lo imposible, es justo que lo posible se le niegue..." (I, 33), la búsqueda de don Quijote es más "posible" que la de Fausto, se centra mucho más en la realidad (recordemos que el realismo es una característica permanente en la literatura española), mientras que Fausto se centra en su propia individualidad, en su propio *ego*.

Casi todos los escritores y artistas occidentales se han visto influidos por el *sentimiento fáustico*. Hombres fáusticos son, en uno u otro sentido, negativo o positivo, individual o social: Tristán, Hamlet, don Quijote, Werther, Fausto... Todos quieren buscar y hallar, ir más allá, pasar del *non plus ultra* al *plus ultra*. Pero en un sentido *histórico* ¿qué es lo que ha ocurrido con la puesta en práctica de este anhelo? Dice Marshall Berman: "el Fausto de Goethe, universalmente considerado como la primera expresión de la búsqueda espiritual moderna, alcanza su culminación —y también su catástrofe trágica— en la transformación de la vida material moderna".²⁸ Pero don Quijote es un hombre fáustico muy *sui generis*: él desea deliberadamente transformar la vida material de su época, pero no para acaparar, sino para *servir* a la humanidad; su anhelo es más noble que el del individualista de Fausto; sus motivos son más amplios, más ambiciosos, y la realización de su sueño más difícil, pues conlleva la burla y el sarcasmo de sus semejantes, la frustración del fracaso:

siempre que surge, a través de la historia de un país cualquiera, un hombre con la pretensión de redimir a sus semejantes,

107

²⁷ J. W. Goethe, *op. cit.*, p. 895.

²⁸ Marshall Berman, "La experiencia de la modernidad", *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, 1989, México, Siglo XXI, p. 81.

JUAN ANTONIO ROSADO

se alborotan los curas, los bachilleres, los barberos, los duques y los ricachos, porque entienden que solamente a ellos les es dado sacar provecho del trabajo y desvelo común, y el fruto del común laborar, que a todos ha de pertenecer, sólo ha de ser gustado por estos barbianes que se insolentan y piden a gritos la degollina de todos los Quijotes y Sanchos.²⁹

108

La nobleza de don Quijote roza en muchas ocasiones la lucidez, la crítica inteligente de cuanto lo rodea, pero a veces la locura. Su prurito, sin embargo, se vincula más con el aspecto social, pues se trata de la evocación de los ‘comienzos’, concebidos por todas las culturas como una ‘Edad de Oro’ perfecta, ligada en algunos sentidos con el ‘paraíso perdido’, para hacer alusión al poema de Milton. A partir de la pérdida de ese Paraíso, el Tiempo empieza a transcurrir y nos va alejando de los comienzos, por consiguiente, de la perfección. Es interesante observar que el verbo ‘existir’ (del latín *ex-sistere*) significa originalmente ‘estar puesto *fuera* del origen’. Esta idea religiosa de la ‘perfección de los inicios’, que podemos hallar tanto en las mitologías prehispánicas como en el hinduismo y en la antigua religión griega, tiene su origen en la insatisfacción que todos los hombres han sentido por su época y en el anhelo de una época mejor. Pero, como lo ha advertido el cervantista Ludovik Osterc,³⁰ la Edad de Oro que concibieron Ovidio y Virgilio es distinta en muchos aspectos a la concebida por Cervantes. Mientras que la de los autores latinos es una idealización de la naturaleza, la de nuestro autor se enfoca mucho más a lo social, a las *relaciones* entre los hombres, pues en esta Edad de Oro se “ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mío*. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes...”; y agrega nuestro héroe: “Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia...” (I, 11). Estas palabras son las de un insatisfecho que se atreve a arremeter contra las instituciones policíacas de su época, como la de la Santa Hermandad (cfr. II,

²⁹ Pere Foix, *op. cit.*, p. 31-2.

³⁰ Cfr., *El pensamiento social y político del Quijote*, p. 260-6.

DON QUIJOTE Y FAUSTO

45), que libera a los galeotes del rey (cfr. I, 22), y que protege al pastorcillo Andrés (cfr. I, 4),³¹ entre otras cosas. Son las palabras de un inconformista que “no respetaba ninguna ley ni norma convencional de la sociedad feudal en que vivía y actuaba”,³² y que se atreve incluso a poner en juicio su oficio de caballero a causa de su época detestable:

Y así (...) estoy por decir que en el alma me pesa de haber tomado este ejercicio de caballero andante en edad tan detestable como es esta en que ahora vivimos; porque aunque á mí ningún peligro me pone miedo, todavía me pone recelo pensar si la pólvora y el estaño me han de quitar la ocasión de hacerme famoso y conocido por el valor de mi brazo y filos de mi espada, por todo lo descubierto de la tierra (I, 38).

Pero el sentimiento fáustico de nuestro héroe también se percibe con claridad en su vasta sabiduría sobre el mundo y en su ímpetu por conocer y enriquecer más a las cosas. Sancho afirma, refiriéndose a don Quijote: “Yo pensaba en mi ánima que sólo podía saber aquello que tocaba a sus caballerías, pero no hay cosa donde no pique y deje de meter su cucharada” (I, 22), opinión que también comparte la sobrina:

109

—¡Ay, desdichada de mí —dijo la sobrina—; que también mi señor es poeta! *Todo lo sabe, todo lo alcanza*: yo apostaré que si quisiera ser albañil, que supiera fabricar una casa como una jaula (II, 6, subrayado mío).

³¹ Si bien don Quijote se arrepiente de haber liberado a los galeotes, se debe recordar que éstos eran parte de una *institución real*. El hidalgo les había preguntado sus delitos y, al descubrir que el castigo era injusto, los libera. Luego enloquece y los obliga a postrarse ante Dulcinea, y ellos no aceptan.

³² Ludovik Osterc, *El Quijote, la iglesia y la inquisición*, p. 23.

JUAN ANTONIO ROSADO

Don Quijote, según la sobrina, “todo lo sabe”. Lo mismo ocurre con Fausto, quien ha estudiado todo; nada le convence y le dice a Mefistófeles: “Hemos de comprobarlo, que yo en tu Nada espero hallar el Todo.”³³ Cuando don Quijote elogia la andante caballería y afirma que es “tan buena como la Poesía, y aun dos deditos más” (II, 18), lo hace como un hombre fáustico, ya que si bien todas las ciencias que la caballería encierra son necesarias para el buen desenvolvimiento del caballero en lugares alejados, recordemos que don Quijote *no era caballero de profesión*, sino que *se hizo* caballero; por lo tanto, fue su *anhelo fáustico* el que lo hizo aprender todas esas ciencias y también hacerse caballero andante. Leamos estas palabras de nuestro hidalgo, referidas a la caballería andante y que en muchos sentidos nos evocan a Fausto:

Es una ciencia (...) que encierra en sí todas ó las más ciencias del mundo, á causa que el que la profesa ha de ser jurisperito, y saber las leyes de la justicia distributiva y comutativa, para dar á cada uno lo que es suyo y lo que le conviene; ha de ser teólogo, para saber dar razón de la cristiana ley que profesa, clara y distintamente, adonde quiera que le fuere pedido; ha de ser médico, y principalmente herbolario, para conocer en mitad de los despoblados y desiertos las yerbas que tienen virtud de sanar las heridas; que no ha de andar el caballero andante á cada triquete buscando quien se las cure; ha de ser astrólogo, para conocer por las estrellas cuántas horas han pasado de la noche, y en qué parte y en qué clima del mundo se halla; ha de saber las matemáticas, porque á cada paso se le ofrecerá tener necesidad dellas... (II, 18)

Ahora leamos las palabras del Fausto de Goethe: “he estudiado a fondo filosofía, leyes, medicina y por desgracia también teología, con

³³ J. W. Goethe, *op. cit.*, p. 874.

DON QUIJOTE Y FAUSTO

ardoroso esfuerzo”.³⁴ Pero a diferencia de Fausto, don Quijote justifica con una *finalidad social* esta vasta sabiduría. Fausto, por ejemplo, estudia la jurisprudencia, pero su afán es conocer, saber más. En cambio, el buen caballero, para don Quijote, tiene que ser jurisperito “para dar á cada uno lo que es suyo y lo que le conviene”. En esto radica la diferencia más profunda entre ambos personajes: el anhelo individual está mucho más marcado en Fausto; en cambio, en don Quijote hay un perfecto equilibrio entre lo individual (el hecho de cambiar de oficio) y la finalidad social. Don Quijote es más noble, nunca engaña a los demás, como lo hace con cinismo el Fausto de Marlowe, nunca piensa en obtener un premio material, sino tan sólo en cumplir con su misión social para también ser famoso, expandir su nombre por los confines de la tierra y obtener, por ende, la plenitud espiritual que el Fausto de Goethe anhela, aunque sus métodos varíen considerablemente. Si Fausto desea a Helena de Troya, don Quijote, en cambio, cual trovador evoca a Dulcinea como a una mujer intocable, pura, y no repara en decir a un mercader insolente (I, 4): “Pero ¡vosotros pagaréis la grande blasfemia que habéis dicho contra tamaña beldad como es la de mi señora!”, a quien ama como a una abstracción, como al símbolo de “todo lo provechoso, honesto y deleitable que hay en el mundo” (I, 43), y no tanto como a un ser de carne y hueso, a pesar de que las menciones de su belleza sean numerosas. Don Quijote no se abstrae de la realidad circundante, penetra en ella, la conoce, la estudia y actúa sobre ella con idealismo, con justicia, como lo haría el revolucionario a quien evoca Tomás Moro, pero también un autor más moderno, como Ramón del Valle-Inclán, en cuyo *Tirano Banderas* aparece un orador que exclama: “Demos a nuestras vidas el sentido fatal y desinteresado de las vidas estelares: liguémonos a un fin único de fraternidad, limpias las almas del egoísmo que engendra el tuyo y el mío, superados los círculos de la avaricia y del robo.”³⁵ ¿Con qué estuvo llena la vida de don Quijote sino con ese sentido anti-egoísta y con ese fin de fraterni-

111

³⁴ *Ibid.*, p. 773.

³⁵ *Tirano Banderas*, 1976, México, Espasa Calpe, Colección Austral, p. 55.

JUAN ANTONIO ROSADO

dad? Fausto, en cambio, sólo nos muestra su realidad interior y no la amplitud del contexto social en que vive.

IV

Es necesario admitir la semejanza entre Fausto y don Quijote como también su oposición. En un plano individual, ninguno de ambos está realmente satisfecho con su vida presente; ni Fausto con su sabiduría, ni don Quijote con su condición de hidalgo pobre que lee libros de caballería. Ambos quieren salir de los límites de sus respectivos mundos para encaminarse *más allá*. Ambos desean conocer más, hallar la plena satisfacción, ser famosos, conquistar lo imposible, poner en práctica su sabiduría para el logro de sus propios fines.

112

Ahora bien, en Fausto hay un sentido enteramente metafísico, no hay una plena interrelación dialéctica entre el individuo y su sociedad. Y a pesar de que el Fausto de Goethe exprese antes de morir su amor por el pueblo: "Un gentío así querría yo ver y hallarme en terreno libre con un libre pueblo. Decirle habría al momento: ¡Detente, eres tan bello!",³⁶ Fausto no tiene relación profunda, real, con la sociedad; es un ser casi aislado en el que el aspecto metafísico se coloca sobre el social. Además, Fausto desea también la riqueza material, sobre todo el de Marlowe. Recordemos que se enamora de Margarita, y esta palabra significa *perla* en latín. Don Quijote, en cambio, es un personaje mucho más rico: posee, sí, la insatisfacción individual, metafísica, pero está incluido en una sociedad y se ha percatado de que la única manera de lograr la plena satisfacción es viviendo en una comunidad justa, ya que el individuo no puede separarse de ésta. En la obra de Cervantes se aprecia con claridad la dialéctica individuo-sociedad y, por ende, el realismo es necesario. En el *Fausto*, de Goethe, y también en el de Marlowe y otros, se pone en relieve la magia, lo sobrenatural, la presencia del diablo. La magna historia de Cervantes es absolutamente realista. Es el individuo quien sufre con su pueblo, es el individuo

³⁶ P. 963, *op. cit.*

DON QUIJOTE Y FAUSTO

quien critica las injusticias de todo cuanto le rodea. Son dos hombres de condición pobre, un hidalgo y un rústico, quienes colocan en entredicho a la aristocracia y al clero, quienes protegen a los débiles y tratan de que el mundo sea un lugar habitable. Fausto, en contraposición, todo lo ve desde arriba, acaso desde una especie de torre de marfil, y el pueblo, a excepción del pasaje citado del *Fausto* de Goethe, no es nunca objeto de su interés, sino sólo su propia persona. Lo interesante es que ambas figuras son típicas del Renacimiento. El Fausto de Goethe podría representar, de alguna manera, la vuelta al mundo material, el abandono del espiritualismo medieval, pero también el individualismo y los anhelos del nuevo empresario capitalista. Con don Quijote es también un regreso al mundo, pero su mundo se halla inundado de pobreza e injusticia; por ello la voz de un idealista se hace necesaria. Nuestro héroe podría también representar los anhelos del comunismo primitivo y de la abolición de la propiedad privada, que Tomás Moro plantea en *Utopía*. Pero tanto Fausto como don Quijote van más allá de los límites del feudalismo y de alguna manera pretenden encontrar nuevas opciones para conquistar, cada uno de distinta manera y con medios diferentes, la felicidad.

Por último, sólo queda admitir que estamos conscientes de lo extenso y ambicioso del tema del presente ensayo y de que nuestras pretensiones han sido sólo *anotar los elementos esenciales* de un problema literario (y por lo tanto humano y real) de gran interés para el estudioso de las letras universales: las diferencias y semejanzas entre don Quijote y Fausto; don Quijote visto como una figura fáustica-renacentista, cuyo anhelo es más profundo que el del Fausto de Marlowe y el del drama de títeres, pero igualmente profundo que el del Fausto de Goethe, aunque de índole social y de propósitos más nobles y ricos que los de este último.

Tanto Fausto como don Quijote son figuras inmortales; han pasado, por un lado, al mundo de los arquetipos, se han mitificado, pero eso no les quita ni su intensidad ni su actualidad. Son personajes que siguen presentes, acompañando al hombre universal de todas las épocas. Don Quijote en particular es cada vez más actual, y Sancho Panza

JUAN ANTONIO ROSADO

un modelo del gobernante justo e incorruptible, posibilidad humana que puede presentarse, como también el anhelo de don Quijote; posibilidad, sin embargo, difícil en un mundo cuyos gobiernos se encuentran constituidos por negociantes, usureros y materialistas. Esperemos que un día el espíritu de Sancho reencarne en los estadistas y que así don Quijote, gracias a las valiosas enseñanzas que su escudero —representante del pueblo— aprendió de él, vea por fin resucitada la Edad de oro en la nuestra, instante en que también el Fausto de Goethe alzaré la voz para exclamar con emoción: “¡Momento, detente, eres tan bello!”, para que su anhelo de felicidad sea cumplido en el mundo que lo rodea, en su presente inmediato, antes de ser perdonado y llevado al cielo. Entonces Mefistófeles, atemorizado, escapará de la política mundial.